

Bragland Foldron

Parte 3

Sus pies se movían con rapidez por entre un corredor lleno de gente, nobles la mayoría. Trataba de no chocar con ninguno para evitarles un disgusto y ahorrarse una disculpa. Trataba de acomodarse lo mejor que podía sus vestimentas y peinaba una y otra vez su cabello esperando no verse desalineado. Subió unas escaleras elegantes y llegó hasta una puerta que se encontraba cerrada; suspiró profundo, trató de sonreír de manera agradable y tocó.

—Mi señora Maat, un placer volverla a ver —dijo Bragland tras entrar.

—Igualmente Buen Bragland —respondió la mujer cortante, pragmática—. Lo he mandado a llamar debido a las... situaciones que han ocurrido en estas últimas semanas. —La mujer se inclinó un poco hacia adelante para detallar el rostro del semielfo— ¿Se encuentra bien? Se lo ve pálido, tiene ojeras y el cansancio se dibuja en su rostro.

—Oh, mi señora, no se preocupe por mí salud. —A ella no le preocupaba en lo más mínimo, él lo sabía—. Es debido al trabajo, la alquimia es una disciplina demandante.

—De eso es de lo que quería hablarle Bragland —“no de su salud”, pensó—, la semana pasada un accidente en su laboratorio que liberó un humo nauseabundo por todo el lugar. Hace tres días un estallido que obligó a cambiar la puerta de su laboratorio —lo miró de arriba abajo—. Ahora se hace evidente su falta de sueño.

—No se preocupe mi señora, insisto; son situaciones aisladas que no volverán a ocurrir y mi falta de...

—Precisamente —interrumpió Maat—: son situaciones que no volverán a ocurrir. Asegúrese de eso —recostó su espalda en el mullido espaldar de su lujosa silla—. Y por favor no me diga que no duerme por estar cerca de un descubrimiento; no es el primer alquimista que me lo dice, de eso puede estar seguro. —Bragland se esforzó por mantener su sonrisa ante la amenaza, hizo una venia y se retiró del lugar.

Al salir de la enorme casa del Gremio de La Serpiente Dorada lo primero que hizo fue llamar a Furia con un silbido, sin embargo, el “cuervo” no apareció ante ninguno de los llamados. Molesto y agotado emprendió camino a casa con un paso lento y la cabeza gacha; frotaba sus manos nervioso de manera constante y en su mente pasaban de manera constante y rápida muchos pensamientos e imágenes. Sabía que debía pensar algo, que debía estructurar una idea, un paso a paso, pero no quería. Sabía que debía retener varios de esos pensamientos, estudiarlos y tomar decisiones, pero los dejaba pasar al sentir que eran demasiado oscuros, demasiado pesados para su alma. Respiró

profundo para calmar sus emociones, para apaciguar el miedo creciente que le apretaba el pecho: “entonces así se siente”, se lamentó con una sonrisa irónica.

Al llegar a la casa pudo ver en el techo arriba del portón a Furia en su forma emplumada mirándolo fijamente:

—¿En dónde infiernos te habías metido? —preguntó indignado el semielfo y lo único que recibió como respuesta fue una comunicación telepática que le instaba a entrar a la casa en un tono casi de burla. Bragland no demoró en hacerlo no sin antes dedicarle una última mirada enojada a su compañero mágico: —Amada mía, ya he vuelto a casa —dijo con buen ánimo y debido a su herencia élfica, que le permitía ver mejor en la oscuridad de la noche, le costó unos segundos darse cuenta que la casa se encontraba a oscuras, el hogar se encontraba apagado— ¿Susan?

No hubo respuesta.

—¿Susan, amor mío?

Nada.

Bragland comenzó a preocuparse al no recibir respuesta. No era normal que Susan no se encontrara a esta hora en la casa y ahora que se encontraba en estado de embarazo su salud era delicada y temía que algo hubiera podido pasarle. Sin demora comenzó a subir las escaleras saltando escalones de dos en dos mientras gritaba el nombre de su esposa con una terrible preocupación en el rostro. Al llegar y abrir la puerta de golpe, pudo ver que la habitación también se encontraba a oscuras así que buscó rápidamente un candelabro y encendió las velas para asegurarse que su esposa no es encontraba en el suelo inconsciente en medio de la noche.

Nada.

El semielfo se sentó en el borde de la cama confundido mientras revisaba en sus recuerdos en qué lugar podría encontrarse: ¿con alguna de sus amigas, en algún evento, con la partera? ¿dónde? Sumió su cabeza ente las manos y frotó sus ojos para luego ver que el armario de su amor se encontraba medio abierto; se dirigió hasta este y lo abrió solo para encontrarse que muchas de las cosas de la mujer ya no estaban allí. Bajó rápidamente a la cocina y pudo darse cuenta que varios alimentos como frutos secos, pan, agua y carne curada también habían desaparecido.

—No, no, no, no —repetía angustiado cuando vio entrar a Furia en su forma original para pararse frente a él a unos cuantos pasos: —¿Qué demonios estás haciendo? Vuelve a tu forma de cuervo antes que alguien te vea.

—No —. La respuesta de la voz chillona dejó frío al semielfo. Furia dio dos pasos hacia atrás y comenzó a mover sus manos en arcos circulares frente a él mientras susurraba algo ininteligible en un idioma extraño; finalmente las extendió hacia los lados y comenzó a flotar lentamente mientras frente a él se iba distorsionando el espacio, creando un efecto parecido al que se ve en los horizontes de los caminos cuando hace mucho calor; al terminar de ascender casi hasta el techo, un tenue portal se había formado y de este comenzó a emerger otro humanoide: uno de piel escarlata opaca con protuberancias óseas de color negro en sus codos, hombros y cabeza; pies

descalzos como garras y ojos amarillos enclavados en un rostro que por labios solo tenía una larga hilera de colmillos largos y delgados; un pectoral fuerte y desnudo como el resto del cuerpo que superaba por más de una cabeza a Bragland.

El semielfo no podía pestañear de lo aterrorizado que estaba. Tenía a la mano su daga, pero sabía que ni su arma, ni sus hechizos podrían combatir al demonio que aparecía al frente de él, pues los tres en la sala eran servidores de un mismo señor. La criatura convocada caminó sin afán hasta Bragland parándose justo frente a él.

—¿Mi... mi señor? —La mano infernal se dirigió con rapidez al cuello delgado de semielfo ahorcándolo con fuerza doblgando sus rodillas haciéndolo inclinar hacia atrás, pero sin soltarlo.

—Se demoró, Bragland; su debilidad permitió a la ofrenda escapar —dijo el demonio con su voz infernal que salía más de su garganta que de sus labios—, nuestro señor no está para nada contento. —Apretó con más fuerza.

—Agh... la... la encontraré... le juro a nuestro señor que la encontraré...

—¿Lo jura? —el demonio rio— lo jura... —soltó a Bragland quien cayó como un costal, se mandó las manos al cuello y comenzó a hacer arcadas tratando de recuperar el aire que les hacía falta a sus pulmones. Furia se encogió y evitó la mirada del demonio de mayor rango cuando este pasó junto a él para regresar al débil portal.

Cuando se hubo recuperado, Bragland gritó de frustración golpeando el piso de madera sin poder evitar sentir rabia, odio y desespero.

Cobardía.

CONTINUARÁ...